

“ con ella despues de Febrero ; pero si se llega á levantar la
 “ Francia, la Europa tambien se volverá á levantar.”

—“ Y eso será pronto, ¿ no es verdad ? ”

—“ Así lo espero. Tiene por costumbre el pueblo francés
 “ querer andar continuamente ; mas por desgracia, no siempre
 “ tiene la de pensar en el camino que ha tomado. Bástale mo-
 “ verse para estar contento. Su imaginacion vaga de idea en
 “ idea de la misma suerte que varian las escenas de un ensueño.
 “ Era *radical* bajo la monarquía, y es realista hoy que impera
 “ la república. Jamas hay plan, y todo se vuelve ensayos ; y co-
 “ mo quiera que nunca se puede avanzar cosa cuando no se to-
 “ ma conocimiento de las distancias ni del fin de la jornada, nun-
 “ ca sabe donde está, ni mucho menos á donde ha de ir á parar.”

El príncipe de Salerno es suegro del duque de Aumale. En-
 tabló la conversacion acerca de la familia de Orleans con cierto
 aire de vacilacion, pues acaso temia que semejante asunto me
 arrancase algunas frases amargas. Desengañéle al punto, y le
 repetí lo que poco antes habia escrito á mi vuelta de Frohsdorf :

“ He odiado las situaciones ; pero no he odiado los hom-
 “ bres. . . . Hago justicia á todo lo útil que ha habido bajo el
 “ reinado de Luis Felipe, y á todos los talentos que han brillado
 “ en él. . . . Si llegaren los jóvenes príncipes de Orleans á com-
 “ prender su posicion, los reveses de fortuna podrian hacerles
 “ servir noblemente á la patria en un sendero nuevo y digno. No
 “ carecen de talento ; otro tanto es necesario que les suceda
 “ cuanto al honor (1).”

El príncipe de Salerno aplaudió mi lenguaje.

¿ Y cómo no habia yo de pensar de esta manera ? En todas
 ocasiones han probado los hijos de Luis Felipe con su valor ha-
 bitual y sus raras cualidades que corre por sus venas la sangre
 de los Borbones : y su vida ha sido una vida sin tacha. ¿ Dónde

(1) *Plaza al Derecho*, cap. 18.

está el francés, digno de este nombre, el francés monárquico y
 cristiano que no forme ardientes votos por la reconciliacion de
 las dos ramas, y no implore del cielo una fusion que podria ser
 la salvacion de la patria ? ; Plegue al cielo que los jóvenes prín-
 cipes de Orleans sean estrechados contra el corazon de Enrique !
 El de la Francia entera palpitará de gozo y de reconocimiento,
 al saludar una *era nueva*. El pais tiene esperanzas, y espera.

Hallábase entonces con el papa Pio IX en Portici, *el carde-
 nal Antonelli*, uno de los hombres mas eminentes de la época.
 Tuve ocasion de verle varias veces ; y reconocí en él no sola-
 mente una instruccion profunda, sino tambien un noble carácter.
 Hoy dia, mal que pese á sus detractores, es el cardenal Antone-
 lli en el recinto del Vaticano el *Richelieu* del pontificado de
 Roma.

Habia solicitado y obtenido el favor de ser admitido á la pre-
 sencia del Santo Padre en Portici. Es notablemente hermosa
 aquella residencia. Dirigíme una noche á ella á las siete, subí
 la magnífica escalera del palacio y atravesé por vastos salones.
 En todas las puertas habia guardias, y oficiales en todas las sa-
 las. Las galerías estaban llenas de camareros, escuderos y pre-
 lados. Esmerábase el rey de Nápoles en rodear al gefe de la
 iglesia católica de todos los esplendores de la soberanía ; y redu-
 cia sus propios gastos á fin de poder subvenir mas ámpliamente
 á los cuantiosos de la corte de Pio IX, que pagaba de su fon-
 do particular.

Un descendiente de los Borromeos, prelado joven dotado de
 una fisonomía distinguida y de notable talento, fué quien me in-
 trodujo á la presencia del Papa. Hallábase escribiendo Su San-
 tidad. Estaba el gabinete escasamente iluminado, y sus blancas
 vestiduras resaltaban con cierta vaguedad misteriosa de en me-
 dio de las sombras que le rodeaban.

Tan luego como le ví, hiqué una rodilla en tierra, segun es
 la usanza ; el Santo Pontífice me alargó la mano, que toqué con
 mis labios : cuando levanté la vista y fijé los ojos en él, me ad-

miré de la serenidad de sus facciones. Su serenidad y su sonrisa aunque mezcladas con una tinta de tristeza, tenían algo de evangélico. Bien se veía que, si padecía probaciones de la Providencia, no era por sí sino por los suyos. Colocado en las altas esferas de la religion, desde donde domina las adversidades, no hay lágrimas en sus párpados, sino cuando dirige la vista hácia sus piés; pero si levanta sus ojos al cielo, es radiosa su mirada.

¡Ay de mí! Pio IX es una de esas almas apostólicas que no pueden engañarse acerca de las cosas de la eternidad; pero que sí pueden equivocarse acerca de las cosas de la vida. Forma parte de esas naturalezas piadosas y elevadas para quienes el mundo existe fuera del mundo. La patria de esas almas, patria que ellas juzgan bien, no es esta triste tierra que las juzga mal.

Estaba próximo Pio IX á salir de Portici para volver á Roma; y el rey de las dos Sicilias debía acompañar á Su Santidad hasta la frontera de sus estados.

Entonces iba á dirigirse el conde de Trapani á Florencia á casarse con la hija del gran duque de Toscana, y debía yo tener el honor de acompañar al príncipe.

En la madrugada del 6 de Abril me embarqué en el *Stromboli*, con el fin de irme á reunir en Gaeta al conde de Trapani, quien habia partido la víspera con el Santo Pontífice por el camino real de Capua.

Llegamos al mediodia. Estaban entregados la ciudad y el puerto á todo el regocijo de una santa solemnidad; y la acogida que dieron á Pio IX fué de las mas brillantes. Al entrar nosotros en el pequeño golfo de la famosa ciudad, se asomaba el Papa, revestido de una sotana blanca, al balcon de su residencia, adornado con ricos tapices y que dominaba la ciudad y el mar.

Magnífico era el golpe de vista; el mar estaba cubierto de barcas, y repicaban á vuelo las campanas. Las calles, los malecones, los navíos, las ventanas y las azoteas estaban por todas partes cubiertos de un pueblo loco de alegría; y cuando estendió el Papa la mano sobre aquella multitud, un solo instante bastó para que en la playa, las barcas, las calles y las azoteas todos cayesen humildemente de rodillas; y fué ciertamente maravillosa, en nuestros tiempos de discordia é irreligion aquella blanca y serena figura del Papa que como representante del Señor, dominaba á la vez el mar, la tierra y los hombres, para apaciguarlos y bendecirlos.

Gritos prolongados resonaban en la playa; pero se apagaban hasta cierto punto á los piés del Papa. La multitud arrodillada delante de ellos parecia pedirle perdon de toda demostracion turbulenta.

¡Ay de mí! No podian borrarse de la memoria de Pio IX todas aquellas escandalosas fiestas de Roma, donde entre la humareda del incienso revolucionario se habia visto empujar hácia el abismo.

Noté muy particularmente el delicado instinto de las poblaciones. No se atrevian á gritar allí: “¡Viva Pio IX!” porque habian temido recordarle así las aclamaciones sediciosas de la pasada época; y lo que sí gritaban era: “¡Viva el Papa!”

El rey de Nápoles continuó en Gaeta dando muestras de la generosidad y abnegacion de que estaba lleno. Todos sus esfuerzos se dirigian á desviar de su persona la atencion al hallarse junto al Santo Padre; y parecia no ser mas que el primer vasallo del soberano de la ciudad eterna y haber venido solamente á inclinar las grandezas de la monarquía ante la supremacía de la religion.

Comió el Papa en Gaeta, y le vimos volver á emprender en coche su camino. Iba sentado solo en la testera de su gran berlina, tirada por seis caballos; el rey iba al vidrio con su hijo el

príncipe heredero, y no se presentaba á su pueblo por no distraer su atencion, fija en el soberano Pontífice de Roma.

Fuí á visitar la casa ocupada por Fernando II en Gaeta, durante la permanencia de Pio IX en esta ciudad. Es una habitacion humilde con solas tres ventanas de frente. No podia estar el rey peor alojado.

Ya se habia despedido del Papa el conde de Trapani; embarcámonos, pues, de nuevo en el *Stromboli*, y partimos para Florencia.

La travesía fué magnífica. Pasamos por delante de la isla de Elba; y no pude menos al contemplar sus playas, de recordar todas las agitaciones que allí devoraron el corazon de aquel brillante señor del mundo, á quien estaba esperando el horrible peñon de Santa Elena. Llegamos á Liorna el dia siguiente á las tres de la tarde. Habian anunciado los periódicos facciosos del pais que seria muy mal recibido el príncipe; pero un espectáculo admirable vino por el contrario á cautivar nuestras miradas; todos los navíos del puerto de Liorna estaban empavesados con banderas y en trage de fiesta; el mar estaba poblado de esquifes, de barcas, de lanchas y bajeles de toda especie, cargados de gente de todas clases que acudia á recibir al príncipe.

Una soberbia góndola entapizada de tela roja bordada de oro habia sido preparada para el futuro esposo de la princesa de Toscana, y se acercó á nosotros impelida por el robusto brazo de veinte remeros vestidos con la mayor elegancia. Las autoridades civiles y militares vinieron á saludar al conde de Trapani á bordo del *Stromboli*; resonó el cañon; dejóse oír una brillante música militar; y poco despues llegamos al puerto de Liorna en la góndola del gran-duque.

El estallido de las salvas de artillería, las dianas, las aclamaciones del pueblo no cesaron un solo instante. El espectáculo era maravilloso: no habia un solo corazon que no se sintiese conmovido; y no era esto ciertamente lo que se esperaban los demagogos de Liorna.

Tomamos el camino de fierro, y á la caida de la noche llegamos á Florencia.

El gran-duque de Toscana salió en persona al encuentro de su futuro yerno; y seguidos de varios coches y escoltados de un gran número de picadores á caballo armados de antorchas, llegamos al palacio Pitti.

Allí fuí presentado al duque de Toscana y á su augusta familia, y ví á la jóven novia, quien me pareció graciosa y bonita. Apenas tiene diez y seis años; su fisonomía está llena de encantos, y fulgura en su frente la mas dulce confianza.

El conde de Trapani tiene veintitres años de edad; y es airoso y noble su continente; sus facciones respiran la bondad, y su corazon corresponde á su semblante. La princesa y él se parecen, y nadie puede verlos sin pensar que han nacido el uno para el otro.

El 10 de Abril poco antes del medio dia anunciaba el cañon á la ciudad de Florencia la gran celebridad de las bodas reales. Yo estaba en el coro de la Catedral á corta distancia de los esposos; y sentí las mas vivas emociones.

El *Domo* es un monumento admirable, y su arquitectura sencilla al par que grandiosa. Habian tratado de iluminar el interior de aquel vasto edificio, y pendian de lo alto de las bóvedas centenares de arañas y millares de bugías. Esto no obstante, aquellas masas de luz perdidas en un espacio inmenso solamente derramaban una claridad vaga y misteriosa. Reinaba todavía la oscuridad en lo profundo de las naves; pero se podia decir que era una oscuridad sembrada de estrellas, como la del cielo en una noche clara y sin luna. La luz que habia en la Catedral parecia una aurora cubierta de un velo.

Las calles que conducian á la Catedral estaban adornadas con tapices y telas; reinaba la alegría en los semblantes, y todos se veian tentados de creer que aun estaban en uno de aquellos hermosos dias de la monarquía en que los reyes contaban con su

pueblo, en que el pueblo amaba á sus reyes, y en que unos y otros no formaban sino una sola familia.

Retumbaba la artillería ; los acordes de una música armoniosa poblaban los vientos, cuando la real comitiva se encaminó á la Iglesia. Componíase de veinticuatro coches de la corte tirado cada uno por seis caballos, que en pompa y esplendor recordaban los del gran siglo de Luis XIV. Los arneses de los caballos eran de tafete encarnado tachonados de oro y las libreas de los criados de lo mas rico.

El gran-duque, la gran-duquesa y los augustos esposos entraron en la catedral seguidos de los ministros, los grandes oficiales de la corona, los generales, los gentiles hombres de cámara, los escuderos y las damas de la corte vestidos todos de gala. Por todas partes se veían uniformes resplandecientes de oro y plata, trages cubiertos de pedrerías, purpura, armiño y diamantes, con tal abundancia que se sentían los ojos deslumbrados.

Engastados en medio de todas estas magnificencias aparecían los dos desposados. La princesa llevaba ceñida la frente de una soberbia corona de diamantes, y pendía de sus hombros un manto de brocado de plata de notable elegancia ; pero poco caso se hacia de sus galas al contemplar su semblante, cuya angelical sencillez la hacía aparecer en medio de aquellas orgullosas pompas de la tierra como una dulce vision del cielo.

Iba el príncipe vestido de oficial general. El orden mas perfecto reinaba en la ceremonia, que era una verdadera solemnidad régia, un remedo de los siglos pasados.

Sin embargo, los ojos de la gran-duquesa se veían frecuentemente anublados por las lágrimas, porque se iba á separar de su hija dentro de pronto, y porque no por ser soberana se deja de ser madre

¡ Ay de mí ! hoy mas que nunca no son las dignidades ni los esplendores los que impiden llorar. ¡ Muy al contrario !

S. A. R. la duquesa de Berry asistió á la boda de su jóven hermano en Florencia, volviéndose á Nápoles con él á bordo del *Stromboli*, lo cual fué una nueva dicha para mí.

El rey Fernando II acojió en su capital con una cordialidad llena de magnificencia á la augusta madre de Enrique V, quien permaneció algunos meses en su compañía.

Recorrí varias partes del reino ; pero habia venido á escribir las revoluciones de Italia y no á describir sitios pintorescos. Buscaba yo noticias políticas y no curiosos paisajes. Una sola carta descriptiva se le escapó á mi pluma y fué publicada en Nápoles en el mes de Julio. En escusa de reproducirla aquí en extracto, diré que no es enteramente estraña á la política.

PEESTUM 22 de Mayo de 1850

“ Desde mi llegada á Nápoles tuve los mas vivos deseos de ir á visitar las ruinas de Peestum, que son indudablemente las mas hermosas que ha dejado la Grecia antigua en pos de sí. Partí, pues, en union del jóven *Francisco Valia*, escritor de talento y corazon, hijo del intendente de la provincia de Salerno, y del Sr. *Bonucci*, literato distinguido de Nápoles, director de las excavaciones de Pompeya y de los monumentos históricos del reino.

“ ¡ Con qué entusiasmo recorrí el hermoso pais que separa á Nápoles de Salerno ! A mi derecha dejaba yo á *Castellamare* y á *Sorrento*, cuyas playas encantadas me proponia mas tarde ir á explorar. A mi izquierda quedaban el Vesuvio, Portici y Pompeya, *Pompeya* cuyas fabulosas resurrecciones y misteriosas maravillas acababa de admirar ! Pronto llegué á Nocera, ciudad enclavada en las montañas y las rocas : sobre uno de los picachos que la dominan se levanta el viejo castillo á donde se refugió el Papa Urbano VIII, cuando se vió forzado á huir de Roma. Entonces, como ahora, hubo las mismas escenas y los mismos padecimientos.

“ Nada puede haber mas admirable que el camino de Nocera á